

Los santos de los últimos días

Por Eduardo Menjivar

Los verdaderos santos de los últimos días, según nuestro criterio, son los que creen en la existencia de Dios y aman, respetan y guardan sus mandamientos. Los que trabajan honradamente y se ganan con el sudor de sus frentes el pan de cada día. Los que hacen favores a cualquier persona —conforme las posibilidades existentes— sin esperar recompensa alguna. Los que respetan sus principios ideológicos aun en los instantes más adversos de sus vidas. Los que logran divorciarse totalmente de las siguientes lacras sociales: de la envidia, de la hipocresía, del servilismo, del parasitismo (los que no trabajan para vivir a costa de los demás), del odio, del egoísmo, del complejo de superioridad social e intelectual, de la usura, de la degeneración sexual, del agiotismo, del tabú (cuando su significado designa las cosas impuras), de la calumnia, del "rastrismo", de la lengua soez, de miradas fustigantes, de la soberbia, de la rebelión injustificada, de la fatuidad, de la mentira, de ser girada en provecho propio (veleta que gira por cualquier rumbo que el viento sopla), de ser "títere en pro de ajenas ambiciones bastardas" (persona que acciona en diversas formas y en obediencia al capricho de los demás), de ser "tonto útil", de la crítica que solamente señala los conceptos negativos, de ingresar en rebaños, ya sean religiosos o políticos, solamente por hambre de pasto y de mando; de la intriga desvergonzada para entrar al engranaje directriz de la maquinaria burocrática de cualquier país sin la suficiente preparación para desenvolverse en el campo laboral que le han encomendado, de lanzar la piedra y esconder la mano (en vez de seguir el paradigma de la mujer adúltera que no desvió su rostro ni un instante de la mirada del Maestro), de arrojar la red del engaño sobre millares de peccadores humanos, de la violencia ("venga de donde venga" como dijo el obispo...), —y que establezca de inmediato la conciencia corrompida de quienes la practican—, del ofrecimiento apócrifo en sus múltiples manifestaciones, del señalamiento de la paja en el ojo ajeno sin ver la viga del ojo propio, de incensiar los rostros de los "idolos de barro" solamente cuando permanecen en sus respectivos pedestales (¡ah, los turiferarios de la ceniza y del viento!), de la fornicación, del incesto, de la injusticia, del homosexualismo, del robo, de la crápula, de lanzar anatemas, de la iniquidad, de la causticidad, de saludar con sombrero ajeno, de sembrar vientos para que los demás cosechen tempestades, de la sicaplis y, en fin, de millones más de lacras sociales que dan la impresión de viruela negra en los rostros de las almas... Al respecto ya San Pablo (en Timoteo, Capítulo 3) al referirse al tiempo presente dice en esta forma: "Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impios, sin afecto natural, implacables, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos y cargados de concupiscencias. Más no irán más adelante: porque su insensatez será manifiesta a todos". Determinamos entonces que será número reducido de hombres del presente siglo que puedan ser considerados como santos de los últimos días... "Porque no hay hombre justo ni aun uno". (Dice Salomón, en Romanos 3-10). Gabriel García Márquez dice que la humanidad despide olor como de guayaba podrida. Y es cierto. Pero hay partes sanas de esa fruta que responden al paladar de los pensadores solitarios.

—Debe preguntarse a los niños y a los pájaros cómo saben las cerezas y las fresas. — Goethe.

Páginas Escogidas

Una cruz...

Por Julio Enrique Avila

En la extensión reseca, pedregosa, salpicada de zarza y jarales, hay una cruz sin leyenda, con una corona de siempre cenida a su cuello, como un fresco collar.

¿Qué destino tan ingrato el de la ignorada víctima! Ella no podrá transubstanciarse en un rosal ni en una verde liana, sino que, aun cuando su espíritu hubiere sido amable e infantil, tendrá que surgir mañana revestido de púas, presto a la punzada venganza.

Visitando el cementerio de Antigua Guatemala

Por profesor Ramón Cárcamo Callejas

Ahora, día de los difuntos, los cementerios de los países latinoamericanos, se ven repletos de personas, llevando arreglos florales para adornar las tumbas en donde reposan los despojos de algún familiar o amigo. Es una tradición religiosa que nos dejaron los conquistadores hispanos. Por una de aquellas oportunidades que nos presenta la vida, visité el cementerio de Antigua Guatemala, un verdadero camposanto; una necrópolis, en donde se respira un ambiente de recogimiento y mansedumbre.

Como una ayuda a los caros lectores de LA PRENSA GRAFICA, para que en este día eleven su espíritu a Dios y oren por todos aquellos que ya volaron a la eternidad, deseo trasladar algunos epitafios que se leen en el cementerio de Antigua, epitafios que llevan una magna filosofía y religiosidad. Veamos unos de ellos; en el portón principal de la necrópolis antiguense dice: "La majestad se encuentra al umbral de esta fúnebre morada, contemplar un instante el cementerio, es ver al mundo convertido en nada". Claramente se ve en este pensamiento, reflejada la tristeza y el menosprecio a las cosas materiales. Luego leemos: "La vida de los muertos consiste en la memoria de los vivos". En este epitafio vemos un llamamiento hecho a los vivos, a fin de que recuerden siempre a sus difuntos.

Más adentro del camposanto chapin leemos: "La tumba sólo guarda un esqueleto, más la vida en su bóveda mortuoria prosigue alimentándose en secreto, que al fin de esta existencia transitoria, a la que tanto nuestro afán se adhiere, la materia inmortal como la gloria, cambia de formas pero nunca muere". Aquí vemos un rechazo a creer que con la muerte termina todo, para el autor de este pensamiento la muerte es tan sólo un cambio.

Penetrando más en el cementerio de Antigua Guatemala, y en la parcela de los niños leemos: "La tumba abrió su párpado de luna, para que reposara su inocencia, aquí duermen los niños; por fortuna son pozitos de luz de otra existencia". En este pensamiento respiramos ternura y fe, de que los niños muertos están en el cielo.

Luego leemos: "Duerme en paz dicen los buenos; adiós dicen los demás, un filósofo... ¡uno menos! ¡un poeta! un ángel más".

Aquí parece que se trata de levantar el valor positivo del filósofo y el poeta, uno menos, es algo que se siente; un ángel más.

— Pasa a la página 19 —

Naciones Unidas presenta a pintores salvadoreños

Por Elías Castillo A.

El Centro de Información de las Naciones Unidas para Centroamérica y Panamá inauguró el jueves 28 de octubre/76 una exposición de pintura "Habitat en El Salvador, en su sede oficial costado sur del Gimnasio Nacional. Ocho pintores salvadoreños expusieron sus trabajos con un despliegue de colorido que nos enorgullece a los nacionales, pues la pintura ha alcanzado ya un nivel que nos destaca en el mundo. Encabeza el grupo de pintores Camilo Minero, incansable trabajador a quien a menudo vemos exponiendo aquí y allá óleos, acuarelas, témperas, etc. José Mejía Vides, nos cautiva con su "Iglesia de Panchimalco" y "Ranchos", motivos que identifican al pintor de la campaña. "Campesino" y "Niña con alforja" dos preciosas acuarelas de Julio Hernández Alemán, bastan para caracterizar al artista que identifica su rostro hermanándose con sus creaciones. Armando Solís ha creado un estilo personalísimo evocando en cierta manera al genial Picasso; sus creaciones "Pájaro en compañía de mujer" y "Rostro y sus elementos" se nos graban fuertemente en la memoria. Los tres paisajes de José Nery Alfaro bastan para apreciar su calidad, detallista exquisito une a su mirada fotográfica la belleza de los colores enalteciendo nuestras montañas y rincones poéticos. "Colmenitas en el fondo" de Bernardo Crespin, es un óleo que presenta como en un ensueño el paisaje tan nuestro en las afueras de la ciudad. De Alvaro Alberto Rosales nos llama mucho la atención su "Marina"; el pintor ha sabido explotar un rincón del mar suavizando su paleta en un tierno color que produce una exquisita sensación de frescura. Los paisajes de Manuel Atilio Escobar, son pirograbados que revelan una técnica especial aprovechando únicamente el color de la madera y el instrumento que va forjando cada línea; prevalecen los motivos típicos con arboledas.

Camilo Minero nos manifiesta que "todas las obras reflejan, bien sea el medio exterior o interior de una familia sencilla apartada de la opulencia. Esta muestra de pintura de artistas salvadoreños, inspirada en el tema "Habitat", trata de orientar al público en forma social y artística sobre la necesidad de mejorar las condiciones de vida de los hogares humildes".

Los difuntos

Por José Efraín Lezano

La condición o principio de razón suficiente para ser difunto, es haber nacido vivo. Y como los que estamos presentes en este momento, reunimos la susodicha condición de vivientes a cabalidad y coleando, perogrullamos sin parar mientes en ello, que algún día de cierto año, a cierta hora, sin pasarse un segundo siquiera, alcanzaremos la categoría de difuntos.

Aparte de los inconvenientes de abandonar perentoriamente a nuestros familiares y amigos, tiene la muerte, huesuda o como sea, un poder tan grande que puede darnos esos preciados tesoros que nuestros semejantes nos niegan siempre: el descanso, el sosiego, la tranquilidad y la paz.

Ya muertos, con el tiempo tenemos que olvidar a nuestros familiares y amigos; y ellos, a su vez, nos pagarán con la misma moneda, lo cual es de alabarse, porque amor de lejos... no es amor.

Es lógico que en la otra vida estaremos en mejores condiciones que las que disfrutamos hoy, porque sin trabajos ni preocupaciones de ninguna índole, la felicidad es el estado natural. Por otra parte, el universo, con su contenido total, evoluciona hacia la perfección; y siendo las leyes naturales que nos gobiernan, mandatos imperativos de un gobierno "progresista", vamos con la muerte a lugares adonde todo es luz, dicha y armonía, pese a los escépticos, a los racionalistas escudados en el materialismo, los cuales niegan la persistencia de la conciencia después de la muerte, la inmortalidad.

— Pasa a la página 19 —

No son los negros quienes decidirán

Por Salvador Martínez Love

Durante más de diez años el nombre de Vietnam llamó la atención del mundo entero y los nombres de sus ciudades, pueblos, montes y ríos se conocieron y se divulgaron por los medios publicitarios de Oriente y de Occidente. Lo mismo que los de los principales dirigentes de su pueblo; claro está que en los Estados Unidos de América, empeñados en obtener una paz victoriosa en aquella región, su política interna y externa estuvo influida en gran medida por los acontecimientos que en aquel país asiático tenían lugar. Todos sabemos que aquello concluyó al producirse uno de los desastres más humillantes para el pueblo y el gobierno de nuestro poderoso y hasta entonces invencible vecino del norte.

Ahora vemos que Africa ha sustituido a Asia y la raza negra a la amarilla, en lo relativo a la atención mundial, ahora dirigida hacia los problemas de Rodesia y de Africa del Sur, y por supuesto la política norteamericana se ve influida por los acontecimientos que se suceden en aquel continente, cuyos pueblos fueron hasta hace poco objeto de codicia y de desprecio por las cultas naciones europeas. En el presente la Casa Blanca pretende llevar a negros y blancos a la mesa de conferencias y lograr un tratado que haga posible la convivencia pacífica entre ellos, algo semejante a los acuerdos que se lograron respecto a Vietnam entre los comunistas, que dominaban entonces el Norte, y sus contrarios, que hacían lo propio con el Sur del país, tratado que poco tiempo después se convirtió en un pedazo de papel destinado a la basura; con tales antecedentes tenemos derecho a preguntarnos ahora si el tratado que se negocia tendrá el mismo destino que el otro y si los negros, que amenazan con desencadenar la guerra abierta contra sus dominadores blancos, serán convencidos de que cambien de rumbo y tomen ahora el camino que

— Pasa a la página 19 —

Genles

Por Bollani



Homenaje a don Antonio Salazar